



Alejandro Cervantes Delgado: una trayectoria personal para tener presente

Alicia ORTIZ RIVERA

Ubicado en el cuarto lugar en cuanto a hechos de violencia a nivel nacional en el contexto de la estrategia de guerra al narcotráfico que inició en su sexenio el gobierno panista del presidente Felipe Calderón, el estado de Guerrero vive hoy tiempos oscuros. Superado sólo por Chihuahua, Sinaloa y el Estado de México, Guerrero cerró el 2010 con el trágico registro de mil 629 homicidios a lo largo de ese año, según datos del INEGI. Y las noticias de hechos de violencia que se han venido sucediendo en tierras guerrerenses, sobre todo ligada al narcotráfico, que han seguido cobrando vidas, continúan siendo la marca del día a día en el país, pero sobre todo en algunas entidades; entre ellas Guerrero de manera notable.

La leyenda negra del Guerrero violento ha vuelto a resurgir. Aquella que don Alejandro Cervantes Delgado se negó a dar carta de identidad y que durante su gobierno (1981-1987) logró, incluso, demostrar que es falsa; que es falso que la violencia sea parte del carácter de los guerrerenses.

Para don Alejandro, que se afirmara que la violencia sea una actitud inherente a los guerrerenses o la ingobernabilidad su condición natural “es una gran mentira”.

En sus palabras: *“Mentira que el guerrerense sea ingobernable. Mentira que el guerrerense es por antonomasia violento. Yo sostengo que*

el guerrerense tiene los mismos defectos y cualidades de cualquier persona de otras latitudes, pero hay nobleza en su actitud. Nobleza en la medida en que vean en su gobernante buena fe, honestidad y congruencia con lo que ofreció como candidato. Lo que sucede es que mi estado fue olvidado en gran medida. La inversión pública federal se dirigía a otros estados y Guerrero se ahogaba más en sus problemas. Entonces, ante esta situación el guerrerense no se hizo propiamente ingobernable, porque ha demostrado que sí se deja gobernar en la medida en que participa y sus gobernantes responden fundamentalmente al interés general y no al interés particular”.

A diez años de su fallecimiento; 30 de que se iniciara su mandato, y 24 de que lo concluyera, la historia le ha dado la razón: El ejercicio de un gobierno en que se actuó de buena fe, con honestidad; en que se fue congruente con lo que se prometió en campaña y se promovió la participación efectiva de la ciudadanía en los asuntos que le afectan, dio frutos en su gobierno.

Don Alejandro conquistó el privilegio de una vida honorable y alcanzó una meta que se propuso personalmente, y que la historia le negó a muchos de sus antecesores: “Poder caminar con la frente en alto por todas las calles de Guerrero” e incluso por todas las de México, sin ser señalado por la condena de sus conciudadanos.

Ejemplo a seguir

Don Alejandro Cervantes Delgado ejerció el poder estatal con una visión de Estado; con la perspectiva de la política como servicio y compromiso con la sociedad; de manera incluyente y respetuosa de las divergencias entre los distintos grupos que la conforman, que si bien, reconocía, son naturales en un entorno de pluralidad social, política e ideológica, el manejo inadecuado

por parte de gobiernos previos habían desencadenado graves conflictos que heredó su administración, pero que él logró encauzar de la mejor manera para superarlos en beneficio del pueblo guerrerense.

Fueron, entre otros, los casos de la complicada creación de Ciudad Renacimiento, el grave conflicto con los locatarios del mercado de Chilpancingo; la hostilidad del gobierno federal contra la Universidad Autónoma de Guerrero; el trágico saldo de una violenta guerra sucia que en su momento polarizó a la sociedad y que provocó graves tensiones en la entidad aún durante su gobierno, a las que don Alejandro supo dar cauce positivo a través de la amnistía que permitió que luchadores sociales como Pablo Sandoval Ramírez pudieran regresar a Guerrero.

Creó durante su gobierno, en 1982, los consejos de Participación Ciudadana, pioneros de la defensa de los Derechos Humanos. Además, en su discurso de toma de posesión como gobernador y en su acción de gobierno tuvo un lugar relevante el tema de la impartición de justicia, por lo que desde el principio expresó un claro indicio de la importancia que le daba a un área que hacía sumamente vulnerable a la población, con la que él se propuso establecer una relación de respeto. Y así lo hizo.

Destacó como meta central de su administración evitar las arbitrariedades, atropellos, los abusos de autoridad, en especial por parte de las corporaciones policiacas y de las instancias en general encargadas precisamente de impartir justicia, que se habían convertido en cosa de todos los días, violentando los derechos ciudadanos de los guerrerenses.

En esos años el concepto de derechos humanos era prácticamente desconocido y se carecía de instrumentos para su defensa, respeto y promoción. Había un vacío que llenar en esta materia y él lo hizo con la creación de dichos consejos, los cuales fueron

agrupaciones de ciudadanos con el único y muy importante compromiso de vigilar que la actuación de las autoridades fuera la adecuada, y denunciar todo aquellos actos que representara violación a los derechos de los guerrerenses.

Vertientes de la vocación política

Nacido el 24 de enero de 1926 en Chilpancingo, Guerrero, la vida de don Alejandro queda marcada por el entorno de violencia e inestabilidad política desde su origen pues, a diferencia de sus tres hermanos mayores que nacieron en Ayutla (Etelvina, Noemí y Antonio), él vio la luz en Chilpancingo debido a que en el entorno del movimiento delahuertista, que provocó el enfrentamiento del entonces gobernador de Guerrero, licenciado Rodolfo Neri Lacunza, partidario del general Álvaro Obregón y quien contaba, además con el apoyo del general Plutarco Elías Calles, con el general Rómulo Figueroa, Jefe de Operaciones Militares en Guerrero, simpatizante de Adolfo de la Huerta. El enfrentamiento entre ambos bandos provocó que decenas de combatientes perdieran la vida.

Fue en esas circunstancias que el padre de Don Alejandro, Lamberto Cervantes Ramírez, entonces diputado suplente, debió trasladarse a Chilpancingo donde decidió permanecer con su familia. Ahí nacieron los demás miembros de la familia: Alejandro, Arturo y Roberto.

Diversas fueron las vivencias que desde la infancia permitieron que en la mente de don Alejandro se fuera definiendo una vocación política, con sentido de servicio y como el medio para superar la persistente inestabilidad y violencia que le tocó atestiguar en distintos momentos, como sucedió con la balacera que se desató en las inmediaciones de su casa en marzo de 1933, entre

partidarios de bandos contrarios que dejó un saldo de tres muertos, con los que se toparon él y su hermano Antonio cuando salieron a la calle.

En los años de su educación primaria, los persistentes conflictos políticos y sociales provocaron que hubiera en Guerrero cuatro gobernadores: tres de carácter constitucional, dos de los cuales fueron derrocados y el otro sustituido. La crisis económica desatada por la decisión del gobierno local —a cargo del general Alberto F. Berber—, de dejar de pagar sueldos a la burocracia, a la que pertenecían sus padres y varios miembros de su familia desde hacía años, también fue un hecho que sacudió su consciencia infantil.

Paralelamente la expropiación petrolera decretada por el General Lázaro Cárdenas; la contienda por la presidencia que enfrentó a los generales Manuel Ávila Camacho y Juan Andrew Almazán, y el haber atestiguado el estallido de la Segunda Guerra Mundial, fueron otros eventos que influyeron en la vocación política de don Alejandro, quien optó por la carrera de normalista, que era, junto con el sacerdocio y la carrera militar, la principal alternativa para las familias de escasos recursos, como la suya, en esos años de apacible pobreza en la ciudad de Chilpancingo, la que, recordaba don Alejandro, habría podido competir en aquel tiempo por el título de “la capital más fea” del país.

De aquellos años recordaba que el fútbol soccer fue una de sus aficiones en su etapa de estudiante de secundaria, y a ella se entregaba con tanta pasión que dejaba entrever la actitud perfeccionista y decidida que marcó su carácter, al que se sumaba un notable interés por los problemas de la gente que lo rodeaba, el cual para él representa el primer indicio de lo que con los años se transformó en una clara vocación política y social.

El periodista guerrerense Félix López Romero, su amigo desde la infancia, lo recordaba como “un muchacho alegre, de carácter abierto, que se explayaba bonito y solía ser amigo de todos, además de un excelente futbolista. Nosotros mirábamos en él a un ídolo, el amigo que todos quisieran tener”.

Nuevos horizontes

A fin de iniciar su residencia para cursar la carrera de maestro normalista, el entonces joven Alejandro viajó de Chilpancingo a México con su padre, en el asiento delantero de un camión de redilas de la Dirección de Obras Públicas del gobierno del estado. Fueron años de una formación profunda en valores como la solidaridad, que experimentó entre los jóvenes que venían desde los más diversos y empobrecidos rincones del país; la igualdad y equidad de derechos, principios que reclamaron los estudiantes cuando se determinó su separación por sexos, y la que también reclamaron cuando se daban tratos privilegiados a hijos de funcionarios. Ahí apreció la existencia de un México diverso; fue como un mundo nuevo, pleno de ricas tradiciones y costumbres, con problemas que lo hermanaron con sus compañeros, y ante los que desarrolló una profunda consciencia social y política.

En 1944 obtuvo una plaza interina como maestro en el medio rural del Distrito Federal. Se dedicó a dar clases durante poco más de tres años con gran convicción y entusiasmo, era un trabajo que lo llenaba de satisfacción pero no cubrió su interés e inquietudes por continuar su desarrollo profesional. En 1946 ingresó a la Escuela Nacional de Economía de la UNAM, luego de haber elegido entre ésta y la carrera de derecho. Logró concluir el plan de estudios en seis años, debido a problemas de salud, especialmente por las secuelas de paludismo y parasitosis — enfermedades muy comunes en aquel entonces en el medio gue-

rrerense. Durante un tiempo combinó la docencia a nivel de instrucción primaria, por las mañanas, y los estudios en economía por las tardes. Su formación profesional se desarrolló en un ambiente académico altamente politizado, en el cual dominaba un acendrado sentido nacionalista.

Decía don Alejandro: “La economía como el derecho sugieren al estudiante ideas de redención y progreso. Más allá de las leyes económicas y de las normas jurídicas, o en la entraña de ellas, se agita un ímpetu de justicia y libertad verdaderas, que constituye el mejor estímulo para un hombre sensible y solidario”. Los conocimientos adquiridos serían, por tanto, un instrumento para promover el desarrollo.

En 1953 se casó con Graciela Rocha, con quien compartió 42 años de su vida, hasta la muerte de ella, acaecida en 1995. Entre 1954 y 1960 nacieron sus tres hijos: Rosa Virgen, Teresa y Alejandro, en la ciudad de México.

Durante esos años, en un entorno de luchas sindicales, reforma agraria, recuperación soberana de los recursos naturales, entre otros; su inquietud política encontró nuevos cauces al vislumbrar un proceso deplorable donde avanzaba la corrupción y la desmoralización, que han ensombrecido la vida política de México.

Siendo pasante de economía fue a aplicar sus conocimientos en la Dirección de Asuntos Indígenas; más tarde se incorporó a la Canacintra, donde conoció a Jesús Reyes Heróles “un verdadero maestro” que sabía combinar una sólida formación profesional, una amplísima cultura y un desempeño político de primer orden. Prestó sus servicios en las Secretarías de Economía, Hacienda y del Patrimonio Nacional, desde modestos encargos hasta lograr hacer carrera de funcionario público. Posteriormente su paso por Ferrocarriles Nacionales de México le permitió adquirir una experiencia a la que reconoció como “la más reconocida y apreciada

por mí en la larga carrera que entonces llevaba de servidor público”. Vivió un episodio difícil de esta empresa paraestatal pero cuando se fue lo hizo con la conciencia intacta. En este punto termina una etapa en su vida, quedaron atrás —pero no olvidados— 28 años de formación como funcionario, como profesional y como ser humano, que se pondrían al servicio de una nueva etapa: la política.

Fue candidato a diputado por Coyuca de Catalán, donde algunos lo vieron como “ilustre desconocido”. La meta fue por tanto darse a conocer. Entró de frente, definido como era necesario entonces y es frecuente ahora: un “guerrerense de extracción modesta, formado en las aulas que la Revolución Mexicana ha creado y sostiene para los hijos del pueblo”. Logró llegar a la Cámara de Diputados donde entre sus primeras responsabilidades fue presidir la Comisión de Presupuestos y Gasto Público. Tuvo entonces que poner en juego su doble habilidad: la de “tecnócrata” y la de político. Siguió su carrera legislativa en el Senado, teniendo encargos que lo hicieron visible en Guerrero.

1980. Camino a la Gubernatura

El 21 de septiembre de 1980 inició formalmente la campaña como aspirante a la gubernatura de su natal Guerrero, la cual se desarrollaría en siete etapas, una por cada región. No fue fácil llegar al ánimo de los guerrerenses, las condiciones sociales y políticas que imperaban imponían hacer el máximo esfuerzo para penetrar mediante el diálogo en sus conciencias, y percatarse en forma directa de sus necesidades. Decidió “adoptar una nueva actitud personal como candidato, lo mismo que introducir nuevas acciones en las prácticas del proselitismo electoral”. Tocado o no por el “dedo de Dios”, decía, es necesario actuar como si no lo

estuviera: obtener “un apoyo efectivo, real, no ficticio ni inducido”. Para eso se hace campaña.

Decidió que era indispensable evitar las grandes concentraciones, que además de su elevado costo económico, provocaban molestias al electorado y a las comunidades. También trató de no incurrir en excesos en las acciones de publicidad y propaganda. Así ganó las elecciones para gobernador del estado. Sin mayores variaciones en cuanto al manejo de la información, la prensa estatal y nacional publicó el lunes 8 de diciembre de 1980 la noticia de que el PRI había arrollado en las elecciones celebradas un día antes en Guerrero, Tamaulipas y Michoacán, con lo que se cerró un año más de triunfos casi absolutos para la “aplanadora priísta”.

En pro de la paz y la democracia

Asumió la gubernatura de Guerrero en 1981, en una época de transición a la democracia, y en medio de un clima de violencia en Guerrero, ya que le tocó suceder a uno de los gobiernos más autoritarios que ha tenido Guerrero, el de Rubén Figueroa Figueroa, el cual llevó a cabo un violento proceso de aniquilación de la guerrilla y desarticulación de la disidencia política, provocando un severo daño al tejido social que se vio afectado por la estela de dolor, resentimiento y muerte que dejó a su paso. Afrontar esa realidad en la que había regiones en que eran muy, pero muy pocas las familias en las que no hubiera miembros que hubieran sido muertos o desaparecidos por motivos políticos, fue todo un reto particularmente difícil, pues adicionalmente afrontó la realidad de un estado sumido en los más agresivos contrastes entre riqueza y miseria.

Con una economía estatal girando en buena medida en torno al turismo, altamente dependiente de factores externos que en esos años experimentaron un contexto particularmente crítico, fue notable su vulnerabilidad al marcar con mayor profundidad las diferencias entre los centros turísticos y las empobrecidas y altamente marginadas zonas indígenas. En esos años, el 42% de los guerrerenses presentaba altos niveles de desnutrición; 35% eran analfabetas y el 45% carecía de suministro de energía eléctrica. El 67% de su escasa población económicamente activa —según registros del censo oficial en aquellos años—, se dedicaba a actividades primarias con técnicas de muy baja productividad que agudizaban aún más los contrastes entre la minoría dedicada a las actividades secundarias y terciarias, que en ese entonces alcanzaban a concentrar el 88% del producto estatal.

Fue en esas circunstancias en que como gobernador, Cervantes Delgado pugnó por un “trato desigual para los desiguales”. Para efecto de asignaciones presupuestarias y proyectos de infraestructura, decía, no era posible medir con la misma vara a los estados más desarrollados que a aquellos como Guerrero y Oaxaca, donde las condiciones geográficas y la miseria que afecta a sus habitantes desde épocas ancestrales obliga a una mayor atención e intensidad en los programas de inversión pública.

Las pretendidas igualdades con que se ejecutaban las políticas públicas y fiscales entre estados más y menos desarrollados, observaba don Alejandro, estaban en el trasfondo de la persistencia de eso que el fallecido escritor guerrerense Carlos Montemayor definió como la violencia social, que lleva a otras fases de violencia, la criminal y la armada.

A éstas las describió como la última fase de esa violencia social que no necesariamente se manifiesta como movimientos armados, sino como marginación, incomunicación regional, desnutri-

ción, miseria, “que es la violencia fundamental donde se incuba la otra fase explosiva ... hay un momento en que los pueblos o ciertas regiones entienden que es prácticamente lo mismo morir que vivir en esas condiciones, por eso se hacen más valientes”.

Es en ese agreste ámbito en que se consolidaron históricamente dos tipos de personalidades que a lo largo del tiempo han alimentado la espiral de violencia que se ha vivido en Guerrero, a decir de Montemayor: los cacicazgos de tipo forestal, ganadero o comercial, ya estructurados en poderosas redes, al igual que otros cacicazgos vinculados con el cultivo de narcóticos, a lo que se suma el hecho de que los destacamentos militares o policíacos han tenido en el mismo proceso histórico un desarrollo diferenciado en esa zona: actuando en ocasiones como guardias blancas y a veces como un apoyo decidido en la producción de enervantes.

En palabras de Montemayor: “Estas dos estructuras de caciquismo y narcotráfico no han logrado equilibrar la producción y la vida social de la zona, sino que la han polarizado; por lo tanto, tenemos montada sobre una pobreza social, que es institucional como pobreza, aislamiento y abandono, otra violencia política y económica, que es la de caciques, aserradores, que pugnan por ganados y tierras, con la de caciques de narcos que son relacionados con el control de plantíos. Por esa violencia se generan distintos enfrentamientos entre comunidades, con caciques y narcos, o entre los propios grupos de narcos”.

Ante este agreste panorama, Alejandro Cervantes Delgado presentó como alternativa de gobierno un impulso a la democratización de la sociedad pues, decía, cuando se cancela el autoritarismo y se adopta el diálogo y el respeto a los espacios ganados por la oposición como forma de relación entre gobernantes y gobernados, se avanza precisamente en el camino a la democrati-

zación política y social. Fue así visto por su vivencia en la política y las acciones que realizó como un gobernador con ansias de cambio que, no obstante, afrontó graves obstáculos, como la crisis económica que en esos años se ensañó aún más en México.

Decía don Alejandro: *“Sólo con cambios estructurales profundos Guerrero podrá incorporarse al desarrollo nacional. Por ello, el plan original fue ambicioso en sus objetivos y metas. Empero, cuatro meses después del inicio del sexenio comenzó la severa crisis económica por la baja de los precios del petróleo. Procedimos, por tanto, a revisar nuestras metas y aplicar el Plan Guerrero, en el cual la participación ciudadana y las pequeñas obras le imprimieron un gran sentido social y democrático a nuestra acción de gobierno.*

Contra la violencia, con inteligencia

El combate a la violencia siguió siendo con todo uno de los principales problemas a afrontar. Era necesario reducirla, y así lo hizo, con inteligencia. Su gobierno se distinguió, al contrario del de su antecesor, por preferir usar los cauces de negociación en vez de la violencia y la represión que habían sido utilizadas muchas veces en un estado considerado ancestralmente conflictivo.

Programas sociales altamente inclusivos, como el otorgamiento de “Crédito a la palabra” y el “Dando y dando”, al que se integraron eficaces mecanismos de apoyo a la producción en el campo y la promoción de la figura de cooperativas en diversos ámbitos productivos, que operaron con éxito, a contracorriente de las tendencias privatizadoras experimentadas desde entonces tanto a nivel nacional como internacional, fueron una de las más notables marcas del estilo de gobierno de Cervantes Delgado.

Álvaro Urreta, Secretario de Desarrollo Rural del gobierno de don Alejandro, se refería en estos términos a su perspectiva:

“Había que demostrar que las empresas del estado también eran rentables y lograr que la distribución también estuviera en manos de los propios campesinos. Con ese eslabonamiento se logró una gran eficiencia, por ejemplo, en el caso de los fertilizantes. Entonces las organizaciones dijeron ‘aquí si hay buena fe’, y ¡jalaron parejo!, muy articulados. Yo creo que Alejandro logró un reconocimiento explícito de parte de organizaciones que habían tenido militancia sistémica antigubernamental históricamente. Pero de esta forma, el estado se fue pacificando sin violencia, sin represión, sin autoritarismo... Fue un trabajo muy complejo, política e instrumentalmente hablando...cuando se estaban descentralizando los recursos del sector agropecuario, aquí se reforzó la figura de los programas locales para realmente recomponer y refuncionalizar el papel del estado”. Lo mismo se hizo con las organizaciones de la sociedad civil, especialmente del campo, con las que se permitió y alentó una interlocución básica, a la vez que se colaboró estrechamente con diversas instituciones como la Universidad Nacional Autónoma de México y dependencias federales.

El trabajo realizado en esos años fue pionero en muchos sentidos. Como recordó la Dra. Julia Carabias, en esos años investigadora de la Facultad de Ciencias de la UNAM, y años después titular de la SEMARNAP, se tendieron puentes que vincularon a las comunidades con las universidades y con los gobiernos federales y estatales, además de que se avanzó en romper inercias que impedían, y en muchos casos siguen impidiendo, el establecimiento de convenios entre la academia e instancias gubernamentales.

Decía Carabias: “Personalmente tuve muchos problemas en la Facultad de Ciencias (de la UNAM), pues históricamente ha tendido a radicalizar sus posiciones y no permitía que hubiera ningún tipo de convenio vinculado al Estado; a ningún tipo de

gobierno, ni federal ni estatal. Se me acusó entonces de estar metiendo al Estado a la universidad a través de mis proyectos. Al principio no querían reconocer nuestros servicios sociales, pero afortunadamente esas posiciones fueron derrotadas y, al paso de los años, los propios maestros de esa facultad tuvieron un gran reconocimiento a un proyecto que aportó recursos a la propia facultad como ningún otro lo había hecho antes. De ahí salieron después unas 60 tesis, cerca de 200 artículos, más de 70 servicios sociales y una gran cantidad de publicaciones que generaron una gran riqueza informativa”.

Fomentar el diálogo, tender puentes de comunicación y colaboración, construir acuerdos, impulsar la participación fueron algunas de las principales claves del estilo de gobernar de don Alejandro. Al principio era difícil establecer parámetros que permitieran apreciar los logros, pero éstos, al final de su gestión, fueron claramente palpables, como lo reconoció el entonces presidente Miguel de la Madrid, en el discurso que pronunció con motivo del final de la gestión del gobernador: “En un ejercicio de autocrítica, de análisis de nuestra realidad, tan malo es el autoelogio y la complacencia, como subrayar de manera a veces hasta morbosa las fallas o los faltantes; la sociedad necesita el equilibrio en sus juicios para poder tomar decisiones, para poder trabajar con ánimo.... Creo que aquí en Guerrero debemos acreditar un logro muy importante para el gobierno de Alejandro Cervantes Delgado: la paz social, el respeto a las libertades, la democracia que reconoce el pluralismo, y la gran cercanía con las clases humildes del estado de Guerrero. Este logro no puede medirse en cifras, en índices, en números, sino que atiende a los que es el deseo básico de la sociedad humana: paz, certidumbre, libertad, democracia... Se ha hecho un buen trabajo en Guerrero, se ha sabido manejar con talento y sensibilidad social la crisis económi-

ca; se ha hecho más con menos, y se ha hecho junto con todo el pueblo...”.

Otra vuelta de tuerca

Fueron esos años tiempos de relativa paz, de impulso a un desarrollo más equilibrado, más armónico. Fue un paréntesis en la historia de la entidad, que algunos de sus sucesores lograron más o menos extender durante sus gestiones, pero que pareciera que se ha vuelto a cerrar en los últimos años en el contexto de una cruenta guerra contra el narcotráfico impuesta desde las instancias federales, que ya ha costado la vida a miles de guerrerenses, decenas de miles de mexicanos, y que ha sumido a la entidad en una notable crisis por la afectación al turismo, a las actividades productivas y a la dinámica social en general.

Las notas periodísticas que dan cuenta de la tragedia humana que se vive en ésta y otras entidades se han convertido en parte de la información cotidiana. No es raro leer notas como la que reportó la edición local del *diario La Jornada* el 11 de junio de este 2011, día en que se leyó en sus páginas: “Otro hecho extraordinario dentro de la ola de violencia que vive México ocurrió en el puerto de Acapulco, donde la Secretaría de Seguridad Pública (SSP) excava, en estos momentos, al menos cuatro fosas comunes, en las cuales hasta la noche del miércoles encontraron los cuerpos de ocho hombres y dos mujeres. Las víctimas mortales de la violencia en México en el 2010 superó a las del conflicto por la invasión a Afganistán y su prolongación a Pakistán, así como las de la guerra civil en Somalia y Sudán, según un estudio realizado por la Universidad Heidelberg, de Alemania, en el cual se afirma que la nación azteca vive ‘un conflicto en el que la fuerza violenta se usa de manera organizada y sistemática, en el cual las partes involucradas emprenden medidas amplias y en el que la destruc-

ción es masiva y de larga duración'... Como respuesta a esta situación, el gobierno del presidente Felipe Calderón optó por militarizar regiones del país, acrecentando todavía más los hechos violentos, en parte por los estrechos vínculos entre narcotráfico y fuerzas de seguridad”.

Han pasado ya diez años desde que falleció don Alejandro Cervantes Delgado, y ante su irreparable pérdida, bien vale la pena realizar no sólo un merecido homenaje sino, sobre todo, recordar su trayectoria, la vigencia de su pensamiento y acciones de gobierno; lo acertado de su visión política, lo valioso de su compromiso con su estado, con su gente; hacer un ejercicio de memoria que nos dé luz en tiempos de oscuridad, que nos permita recordar que México en general, y Guerrero en particular, han vivido tiempos oscuros, pero que también ha habido ciudadanos y gobernantes que han sabido actuar a la altura de las circunstancias, con valor, ética y honestidad; gobernantes que honraron el ejercicio de la política, dejando un ejemplo que es necesario retomar en los tiempos oscuros que se han vuelto a vivir en el país entero. Tener siempre presente que don Alejandro Cervantes Delgado es uno de esos valiosos ejemplos.